

ayudaba á desnudarse: «Honrada soy, y lo he sido siempre. ¿Qué?... ¿lo dudas tú?»

—Yo... no, señorita; ¿qué he de dudarlo?—replicó la criada, volviendo la cara para disimular una sonrisa.

Durmióse pronto la infeliz señora de Rubín; pero á la media hora ya estaba despierta y muy excitada. Dorotea, que se quedó junto á ella, la oyó cantando, á media voz y con las manos cruzadas, las coplas místicas de las Micaelas.

IV

Un curso de filosofía práctica.

I

Dos ó tres veces fué D. Evaristo al siguiente día á enterarse de la salud de Fortunata; pero no la pudo ver. Dorotea le dijo que la señorita no quería ver á nadie, y que de tanto pensar que era honrada, le dolía horriblemente la cabeza. Al otro día la señorita estaba un poco mejor, se había levantado y apetecido un sopicaldo. «Pero sigue con la misma idea—añadió no sin malicia la chica, que era graciosa y avisada.—Se lo prevengo, señor, para que le lleve el genio y le diga que sí.»

—Descuida, hija—replicó el caballero,—que por mí no ha de quedar. ¿Puedo verla? ¿No la molestaré mucho? ¿Sabe que estoy aquí?

—Ya lo sabe. Espérese un ratito y pasará.

Quedóse solo en el comedor mi hombre, y después de quince minutos de espera, Dorotea le mandó pasar. Estaba Fortunata en su gabinete, tendida en el sofá, la cabeza reclinada sobre un almohadón de raso azul. Tenía puesta la bata de seda y un pañuelo blanco finísimo á la cabeza, tan ajustado, que no se le veía más que

el óvalo del rostro. Estaba ojerosa, pálida y muy abatida. Como D. Evaristo se preciaba de saber algo de medicina, tomóle el pulso.

—Si está usted como un reloj, hija. Si no tiene fiebre ni ese es el camino... ¡Bah!, coquetearías... un poco de rabetina y nada más. Y que está usted guapísima con ese pañolito, ya, ya. No se le ven ni el pelo ni las orejas. Parece una hermana de la Caridad... ¡Vaya con los males de esta señora!

—Ayer estuve muy malita—dijo ella con voz apagada.—La cabeza se me partía, y como no me podía quitar de *entre mí* aquella idea, y dale con lo mismo... ¡Lo que una piensa!... Tengo que declarar que soy...

—Honrada, sí, hoy más que ayer y mañana más que hoy. Por sabido se calla.

—No, hombre, no digo eso.

—¿Cómo que no?

—Lo que soy es muy mala, la mujer más mala que ha nacido. ¿Pero usted sabe bien lo que yo he hecho? ¡Lo que me pasa me lo tengo bien ganado, si, bien ganado me lo tengo, porque cuidado que he hecho yo perrerías en este mundo...!

—¡Quite usted allá!... No habrá sido tanto.

—Vamos ahora á otra cosa—dijo la joven, sacando de debajo del manto una mano, en la que tenía una carta.—Ayer me mandó esto.

—¿Quién? ¡Ah! Santa Cruz.

—No la he leído hasta esta mañana. Aquí se despide otra vez, dándome consejos y echándoselas de santo varón. Me manda dentro de la carta cuatro mil reales.

—Vamos... No se ha corrido que digamos.

—Quiero escribirle hoy mismo—indicó ella animándose un poco.—Escribirle, no... nada más que meter los dos billetes de dos mil reales dentro de un sobre y devolvérselos.

—Hija mía, párese usted y piense bien lo que hace—dijo el amigo, acercándose cariñosamente á ella.—Eso de devolver dinero es un romanticismo impropio de estos tiempos. Sólo se devuelve el dinero que se ha robado, y usted tenía derecho á que él le diera, no sólo eso, sino muchísimo más. Conque déjese usted de *rasgos* si no quiere que la silbe, porque esas simplezas no se ven ya más que en las comedias malas. Nada, yo me he propuesto sacarla á usted del terreno de la tontería y ponerla sólidamente sobre el terreno práctico.

—Lo que es el dinero no lo tomo—declaró la enferma del corazón, alargando los labios como los niños mimosos.

—¡Ay, qué gracia!... Eso es, y coma usted mimitos—dijo el coronel, haciendo también con sus labios la trompeta más larga que le fué posible.—¡Devolverle los santos cuartos! Sí, para que se ría más. Eso es lo que él quiere... ¿Tiene usted ahorros?

—Tendré unos treinta duros.

—Pues eso y nada... ¿De qué va usted á vivir ahora?

—Quiero ser honrada.

—Magnífico... sublime. Lo que no veo tan claro es que para ser honrada sea preciso no comer... ¿Acaso piensa usted trabajar? ¿En qué?... Al menos, con esos cuatro mil reales tiene tiempo de pensarlo y vivir algunos meses. Conque á guardar los *monises*, y no se hable más del asunto.

No se convenció Fortunata, que era algo terca; pero aplazó la devolución de los billetes para el día siguiente. Como tenía clavada en su mente la injuria recibida, sin querer hablaba de ella.

—¡Vaya la que me ha hecho!—murmuró después de una pausa, mirando al suelo.—¡Qué manera de pagarme! ¡Yo, que lo dejé todo por él, y á los que me habían hecho decente les dí una patada!... Perdóne usted si hablo mal. Soy muy ordinaria. Es mi ser natural; y como á los que me querían afinar y hacerme honrada les dí con su honradez en los hocicos... ¡Qué ingrata, ¿verdad?; qué indecente he sido! Todo por querer más de lo que es debido; por querer como una leona. Y para que calcule usted si soy simple, aquí, donde usted me ve, si ese hombre me vuelve á decir tan siquiera media palabra, le perdono y le quiero otra vez.

—Sí, ya se conoce que es usted más tierna que el requesón—dijo D. Evaristo, meditando.

—Es que los demás me parece que no son tales hombres. Para mí hay dos clases de hombres; él á este lado, todos los demás al otro. No voy de aquí á esa puerta por todos ellos. Soy así, no lo puedo remediar.

—No me dice usted nada que yo no sepa. He visto mucho mundo—afirmó Feijóo, con tolerancia de sacerdote hecho al confesonario.—Las personas que son como usted suelen pasar una vida de perros. No hay mayor desgracia que tener el corazón demasiado grande. Cerebro grande, estómago grande, hígado grande; son males también, pero menores. Y yo he de poder poco ó le he de recortar á usted el corazón para que haya equilibrio.

—¿Equi...?

—Equilibrio.

—Ya; no lo digo bien, pero comprendo lo que es. ¿Y cómo me va usted á recortar?

—¡Oh! Se necesitan muchas lecciones... Es la única manera de que usted no sea desgraciada toda la vida. ¡Ah! este mundo es una gaita con muchos agujeros, y hay que templar, templar para que suene bien. Usted no sabe de la misa la media. Parece que acaba de nacer, y que la han puesto de patitas en el mundo. ¿Qué resulta? Que no sabe por dónde anda. Devuelve el dinero que le dan y se chifla dos, tres veces

por una misma persona. ¡Bonito porvenir! Yo le voy á enseñar á usted una cosa que no sabe.

—¿Qué?

—Vivir... Vivir es nuestra primera obligación en este valle de lágrimas, y sin embargo, ¡qué pocos hay que sepan desempeñarla!... Se lo dice á usted un hombre que ha visto mucho mundo, que ha tenido, como usted, un corazón del tamaño de hoy y mañana. Conque preparese, que empiezo mis lecciones.

—¿Y seré feliz?—dijo Fortunata con expectación supersticiosa, como si le estuvieran echando las cartas.

—Por de pronto, de lo que yo trato es de que sea usted práctica.

—¡Práctica!—replicó ella arrugando la nariz con salero, como hacía siempre que afectaba no comprender una cosa y burlarse de ella al mismo tiempo.—Práctica, ¿qué quiere decir eso?

—¿Y no lo sabe?... ¡No se haga usted más tonta de lo que es!—indicó D. Evaristo arrugando también su nariz.

—Pues nos haremos *pléiticas*—dijo la señora de Rubín, ridiculizando la palabra para ridiculizar la idea.

Poco más duró aquella visita, porque el señor de Feijóo no quería molestar. Despidióse, prometiendo volver pronto. Por él, volvería dentro de una hora. «Amiguita, usted no puede estar mucho tiempo sola, porque esa cabeza se

pone á trabajar... Como usted no me eche, aquí me tendrá otra vez esta tarde.»

Y volvió cerca de anochecido trayendo un ramo de flores, y poco después fué un mozo de cuerda con dos ó tres tiestos. A Fortunata le gustaban mucho las flores, así vivas como cortadas; tenía los balcones llenos de macetas, y se pasaba buena parte de la mañana cuidándolas. Mucho agradeció al buen caballero tales obsequios, que tenían mayor precio en la estación que corría. Las flores del ramo eran de las más bellas, raras y valiosas que hay en invierno. De lo que sobre plantas se habló aquella tarde, coligió D. Evaristo que su amiga tenía gustos un poco desacordes con el gusto corriente. No le hacía gracia ninguna flor que no tuviese fragancia, y particularmente las camelias le eran antipáticas. Entre la mejor de las camelias y el más amarillo y sosón de los girasoles, no hallaba gran diferencia en cuanto al mérito. Diéranle á ella un buen clavel, un nardo, una rosa de la tierra, y en fin, todas aquellas flores que *ilusionan el sentido* en cuanto uno se acerca á ellas...

—¿Y qué tal nos encontramos esta tarde?—dijo D. Evaristo inclinándose para verle la cara.

Echábaselas de médico; pero examinaba la cara por lo bonita que le parecía, no por buscar en ella síntomas hipocráticos; y como avanzara la noche y no había luz, tenía que acercarse

mucho para ver bien. Continuaba ella en el propio sitio y postura que por la mañana.

—Estoy lo mismo—replicó sin moverse.—Desde que usted se fué estuve llorando hasta ahorita.

—Pues no hay que devanarse los sesos para encontrar el remedio. Con no moverme de aquí... Pero podría ser el remedio peor que la enfermedad, y al fin tendría usted que llorar para que me marchase... Vamos, hija, modere esos suspiros tan fuertes, que parece se le va á salir el alma por la boca. Ya nos iremos consolando. El tiempo es un médico que se pinta solo para curar estas cosas; y todavía he de ver yo á mi amiga más contenta que unas Pascuas, sin acordarse para nada de lo que tanto la aflige hoy. Y pronto, muy pronto... Y es preciso distraerse. ¿Sabe usted jugar al tresillo?

—¿Yo? No sé más que el tute. *Ese* quiso enseñarme el tresillo; pero nunca lo pude aprender. No sabe usted bien lo torpe que soy.

—¿Le gusta á usted el teatro?

—Eso sí, sobre todo los dramas en que hay cosas que la hacen llorar á una.

—¡Ave María Purísima!... Esas obras en que sale aquello de «¡hijo mío!... ¡padre mío!...»

—Esas, y otras en que hay pasos de mucha aflicción, y sacan las espadas, y se desmaya una actriz porque le quitan el hijo.

—¡Alabado sea el Santísimo!...—dijo Feijóo

con socarronería.—En eso sí que son contrarios nuestros gustos, porque yo, en cuanto veo que los actores pegan gritos y las actrices principian á hacerme pucheritos, ya estoy bufando en mi butaca y mirando para la puerta... Nada de lágrimas. Lo que le conviene á usted ahora es reirse con las piececitas de Lara y Variedades. Para dramas, hija, los de la realidad... ¿Le gustan á usted los bailes de máscara?

—Se va usted á reir—replicó Fortunata incorporándose.—En el poco tiempo que anduve yo suelta en Barcelona, de la ceca á la meca, solía ir á bailes y divertirme algo; después no... Este año me llevó Juan dos veces, y otra vez fui yo sola con una amiga, por ver si le sorprendía pegándomela con algún trasto... ¿Cree usted que no me he divertido ni esto? La careta me da un calor que me abrasa... me la quiero quitar. Pues digo... si me pongo á dar bromas, yo misma me río de mi poca gracia. No puede usted figurarse lo *desaborida* que soy. No se me ocurre nada más que sandeces. Juan me decía que no sirvo para nada, y que no me merezco el palmito que tengo. Él se empeñaba en que yo fuera de otro modo; pero la cabra siempre tira al monte. Pueblo nací y pueblo soy; quiero decir, ordinariota y salvaje... ¡Ah, si viera usted lo furioso que se ponía cuando le decía yo que me gusta un guisado de falda y pechos como los que se comen en los bode-

gonos! Pues nada; que tenía que esconderme para comer á mi gusto. ¿Y cuando me sermoneaba porque no tengo ese aire de francesa que tiene la Antoñita, esa que está con Villalonga, y otra que llaman Sofía la Ferrolana? «Hasta en la manera de sentarse se diferencian de ti—me decía.—Fíjate bien en aquel aire de abandono ó de viveza, según los casos; en aquella gracia, en aquel modo de andar por la calle. Tú cuando vas por ahí con tu velito y ese pasito reposado, sin mirar á nadie, parece que vas de casa en casa pidiendo para una misa.» ¿Ve usted lo que me decía? ¿Y cuando se empeñaba en que me pusiera yo esos cuerpos tan ceñidos, tan ceñidos que con ellos parece que enseña una todo lo que Dios le ha dado?...

«Esta mujer me vuelve loco—pensaba Feijóo, experimentando al oír á Fortunata una sensación de inefable contento.—Si estoy chocho, si no sé lo que me pasa... ¡Ay Dios mío, á mi edad!... No hay remedio, me declaro... Pero no; refrénate, compañero, aún no es tiempo...»

Al buen señor se le ponían los ojos encandilados oyéndole contar aquellas cosas con tan encantadora sinceridad. Sonrisa de alegría y esperanza contraía sus labios, mostrando su dentadura intachable. Su cara, que era siempre sonrosada, poníasele encendida, con verdaderos ardores de juventud en las mejillas. Era, en suma, el viejo más guapo, simpático y frescachón que

se podía imaginar; limpio como los chorros del oro, el cabello rizado, el bigote como la pura plata; lo demás de la cara, tan bien afeitadito, que daba gloria verle; la frente espaciosa y de color de marfil, con las arrugas finas y bien rasgueadas. Pues de cuerpo, ya quisieran parecersele la mayor parte de los muchachos de hoy. Otro más derecho y bien plantado no había.

«No, lo que es hoy no le digo nada—pensaba.—Temo hacer el bisoño. Calma, compañero, y repliégate un poco; tiempo tienes de picar espuelas. Hoy lo recibiría mal. Está muy reciente la herida.»

II

«Pues lo que es hoy sí que no me quedo con esto dentro del cuerpo—pensó mi hombre al otro día entrando en la sala, hecho un sol de limpio y despidiendo, como todas las mañanas al salir de su casa, un fuerte olor á colonia.—¿Y dónde está? ¿Qué hace que no sale? Es un encanto esa mujer, y tengo al tal Santa Cruz por el gazzápiro más grande que come pan... ¡Cuánto me hace esperar! Paréceme que oigo trastazos como de dar con el zorro en los muebles. Estará de limpieza, aunque hoy no es sábado. Pero no importa que no sea sábado. Eso le conviene: trabajar, hacer ejercicio, distraerse, andar de aquí para allí. ¡Magnífico!... Sí, sí; sin duda está

de limpieza. Es un diamante en bruto esa mujer. Si hubiera caído en mis manos en vez de caer en las de ese simplín, ¡qué facetas, Dios mío, qué facetas le habría tallado yo!... Y sigue el traqueteo allá dentro. Parece que arrastran muebles... Bien, muy bien, dale duro. Para cosas del corazón, sudar, sudar. ¡Ay qué contento estoy hoy! Tiempo hacía compañero, mucho tiempo hacía que no te sentías tan feliz como te sientes hoy. Desde que estuviste en Filipinas... Pues ahora parece que están moviendo la cama de hierro. ¡Cómo rechina el metal!... ¡Ah!, por fin sale...»

—Dispéñeme usted, amigo D. Evaristo—dijo Fortunata apareciendo en la puerta del gabinete con bata de diario, un delantal muy grande y pañuelo liado á la cabeza.—Estoy de limpia.—Tras ella se veía una atmósfera polvorienta, turbia y luminosa; el sol entraba por el balcón, de par en par abierto.

—Porque yo tengo esta costumbre... Cuando me siento con ganas de llorar y dada á todos los demonios, ¿sabe usted qué hago? pues coger el zorro, las escobas, una esponja grande y un cubo de agua. Siempre que tengo una pena muy grande, le meto mano al polvo.

—Pues ¡ay, hija mía! la compadezco á usted... porque la casa está como una plata...

—¡Cómo ha de ser!... Sí, esta es mi única distracción. Yo no sé ninguna labor delicada; no

sé coser en fino; no bordo ni toco el piano. Tampoco pinto platos como esa Antonia, amiga de Villalonga, la cual está siempre de pinceles; yo apenas sé leer y no le saco sentido á ningún libro... ¿qué he de hacer? fregar y limpiar. Con esto no me acuerdo de otras cosas.

—Me la comería—pensó D. Evaristo, que la contemplaba embobado, sin decir nada.

—Conque lo mejor es que se vaya usted ahora y vuelva más tarde. Le vamos á llenar de polvo y basura.

—No, hija, yo no me voy de aquí.

—¡Uy!... Cómo huele usted á *colonia*. Ese olor sí que me gusta... Pero le vamos á poner perdido. Mire que ahora empezaremos con la sala.

—No me importa—replicó el buen señor con sonrisa inefable.—¿Me empolva? mejor. Yo me sacudiré.

—Como usted quiera... Pues ándese por ahí... Yo no tengo aquí *álbunes* ni libros para que se entretenga.

—Maldita la falta que me hacen á mí los *álbunes*... Siga, siga usted y trabaje firme. Eso, eso es lo que nos conviene. Luego hablaremos. Yo no tengo absolutamente nada que hacer...

Y dos horas más tarde estaban sentados ambos en el gabinete, uno frente á otro, ella en el mismo pergenio en que antes se presentara, y algo fatigada...

—¡Debo tener una facha!...—dijo levantán-

dose para mirarse al espejo que sobre el sofá estaba.—¡María Santísima! ¿Ve usted las pestañas cómo las tengo, llenas de polvo?

—No estarían así si no fueran tan negras y tan grandes y hermosas...

—Quisiera aviarme un poco. Es una falta recibir visitas con esta facha.

—Por mí no se apure usted... Me agrada más verla así. Descanse ahora y echemos un parrafito. Voy á permitirle una pregunta. ¿Qué piensa usted hacer ahora?

Fortunata, que se inclinaba hacia adelante para oír mejor, dejó caer la cabeza sobre el respaldo; la mejor manera de expresar que no había pensado nada sobre aquel punto.

—¿Piensa usted pedir perdón á su marido y reconciliarse con él?

—¡Jesús! ¡Y qué cosas se le ocurren!—exclamó ella, llevándose las manos á la cabeza, cual si oyera el mayor de los absurdos.

—Pues me parece que no he dicho ningún disparate.

—Antes que volver con Maximiliano—afirmó Fortunata poniendo la cara más seria que sabía poner,—todo lo paso, todo...

—Incluso la miseria, la deshonra...

—Sí, señor...

—Bueno. Pues quiere decir que cuando se acabe lo poquito que usted tiene... y supongo que no habrá insistido en devolver los cuatro

mil reales... pues cuando se acabe, no tendrá usted más remedio que buscarse la vida como pueda. Usted no sabe ningún trabajo honrado que produzca dinero; conquese, claro es... si me aciertas lo que llevo en la mano te doy un racimo.

Fortunata frunció el ceño, y sin levantar las miradas del suelo, doblaba y desdoblaba un pico del delantal.

—Eso no tiene vuelta de hoja, compañera. Ó á casa con su marido, ó á la calle con Juan, Pedro y Diego, á ver si sale algún primo con quien ir tirando. De este camino malo parten varios senderos, y no todos concluyen en el hospital y en la abyección. De modo que piénselo usted. Por más que se devane los sesos, no podrá salir de este dilema.

—¿De este qué?

—Dilema; quiere decir que á fondo ó á Flandes.

—Yo quiero ser honrada—afirmó la joven con la mayor seriedad del mundo, atormentando más la punta del delantal.

—¿Honrada? Me parece muy bien. Y dígame usted con toda franqueza: ¿honrada comiendo ó sin comer?

Fortunata se sonrió un poco. Aquella sonrisa iluminó su pena un instante, pero pronto quedó su rostro envuelto otra vez en seriedad sombría, señal de la duda horrible que agitaba su alma.

—Eso de la honradez es muy bonito—prosiguió Feijóo.—No hay nada que se diga tan fácilmente y que luego resulte más difícil en la práctica. Yo creo que usted ha querido decir honradez relativa...

—No; yo quiero ser honrada á carta cabal, honrada, honrada.

—¿Sin volver con su marido?

—Sin volver con mi marido.

Feijóo hizo con los labios, con los ojos, con todos los músculos de su cara un mohín muy humano y expresivo, signo perteneciente al lenguaje universal y á la mimica de todos los países, el cual quería decir:

«Hija mía, no lo entiendo...»

Ni Fortunata lo entendía tampoco, por lo cual estaba verdaderamente anonadada. Faltábale poco para echarse á llorar.

—Vamos, vamos—dijo el coronel sacudiendo toda aquella argumentación capciosa, como se sacuden las moscas;—hablemos claro y seamos prácticos sin miedo á la situación verdadera. Las cosas son como son, no como deseamos que sean. ¡Qué más quisiéramos sino que usted pudiera ser tan honrada y pura como el sol! Pero *tarde piache*, como dijo el pájaro cuando se lo estaban comiendo. De lo que tratamos ahora es de que usted sea lo menos deshonorada posible. Porque me río yo de las virtudes que sólo están en el pico de la lengua. ¿Y el vivir y el comer?

Usted, compañera, no tiene ahora más remedio que aceptar el amparo de un hombre. Sólo falta que la suerte le depare un buen hombre. ¿Se echará usted á buscarlo por ahí entre sus relaciones, ó saldrá á pescar un desconocido por calles, teatros y paseos? A ver... Dígole porque si quiere usted ahorrarse este trabajo, figúrese que, aburrída, ha salido por esos mundos, que ha echado el anzuelo, que le han picado, que tira para arriba, y que ¡oh, sorpresa! me ha pescado á mí. Aquí me tiene usted fuera del agua dando coletazos de gusto por verme tan bien pescado. Soy algo viejo, pero sin vanidad creo que sirvo para todo, y por fuera y por dentro valgo más que la mayoría de los muchachos. No tengo nada que hacer, vivo de mis rentas, soy solo en el mundo, me doy buena vida y puedo dársela á quien me acomoda. Conque á decidirse. Modestia á un lado, dígole á usted que difícilillo le sería, en su situación, encontrar acomodo mejor. Bien lo comprenderá cuando le pasen las tristezas, que ojalá sea pronto. Ahora no tiene la cabeza despejada. Y no vacilo en decirlo—agregó alzando la voz, como si se incomodara.—Le ha caído á usted la lotería, y no así un premio cualquiera, sino el gordo de Navidad.

—Quiero ser honrada—repitió Fortunata sin mirarle, como los niños mimosos que insisten en decir la cosa fea porque les reprenden.

—No seré yo quien le quite á usted eso de la cabeza—dijo el caballero sonriendo, sin dudar de su victoria.—Y bien podría ser que hubiera usted descubierto la cuadratura del círculo.

—¿Qué dice?

—Nada... También se me ocurre que dentro de mi proposición puede usted ser todo lo honrada que quiera. Mientras más, mejor... En fin, no quiero marearla á usted más, y la dejo sola para que piense en lo que le he dicho. Siga limpiando, trabaje, dé bofetadas á los muebles, fregotee hasta que le escuezan los dedos; mecánica, mucha mecánica, y mientras tanto, piense bien en esto, y mañana ó pasado mañana... no hay prisa... vengo por la *rimpuesta*, como dice el payo...

III

Como lo que debe suceder sucede, y no hay bromas con la realidad, las cosas vinieron y ocurrieron conforme á los deseos de D. Evaristo González Feijóo. Bien sabia él que no podía ser de otro modo, á menos que aquella mujer estuviese loca. ¿Qué salida tenía fuera de la propuesta por él? Ninguna. ¿Qué honradez era aquella que apetecía, no sabiendo trabajar, no queriendo volver con su marido y no teniendo malditas ganas de irse á un yermo á comer raíces? Moraleja: Lo que tenía que llegar, por la

sucesión infalible de las necesidades humanas, llegó. «Y para que veas si sé yo hacer las cosas y me intereso por ti—le dijo un día D. Evaristo tuteándola ya,—me propongo evitar el escándalo por ti y por mí. Pondré singular cuidado en que ignore esto Juan Pablo Rubín, que fué quien me presentó á ti, en la calle, ¿te acuerdas? y de ahí viene nuestro dichoso conocimiento. Estas relaciones las hemos de esconder y reservar hasta donde sea humanamente posible. Verás qué bien vamos á estar. Yo te enseñaré á ser práctica, y cuando pruebes el ser práctica, te ha de parecer mentira que hayas hecho en tu vida tantísimas tonterías contrarias á la ley de la realidad.»

Fortunata, preciso es decirlo, no estaba contenta, ni aun medianamente. Hallábase más bien resignada, y se consolaba con la idea de que dentro de su desgracia no había solución mejor que aquella, y de que vale más caer sobre un montón de paja que sobre un montón de piedras. En los primeros días tuvo horas de melancolía intensísima, en las cuales su conciencia, confabulada con la memoria, le representaba de un modo vivo todas las maldades que cometiera en su vida, singularmente la de casarse y ser adúltera con pocas horas de diferencia. Pero de repente, sin saber cómo ni por qué, todo se le volvía del revés allá en las cavidades desconocidas de su espíritu, y la concien-

cia se le presentaba limpia, clara y firme. Juzgábase entonces sin culpa alguna, inocente de todo el mal causado, como el que obra á impulsos de un mandato extraño y superior. «Si yo no soy mala—pensaba.—¿Qué tengo yo de malo aquí *entre mí?* Pues nada.»

Con estos diferentes estados de su espíritu se relacionaban ciertas intermitencias de manía religiosa. En las horas en que se sentía muy culpable, entrábale temor de los castigos temporales y eternos. Acordábase de cuanto le enseñaron D. León y las Micaelas, y volvían á su mente las impresiones de la vida del convento con frescura y claridad pasmosas. Cuando le daba por ahí, iba á misa, y aun se le ocurría confesarse; pero pronto le entraba miedo y lo dejaba para más adelante. Luego venía la contraria, ó sea el sentimiento de su inculpabilidad, como una reversión mecánica del estado anterior, y todas las somnolencias y aprensiones místicas huían de su mente. Se pasaba entonces dos ó tres días en completa tranquilidad, sin rezar más que los Padrenuestros que por rutina le salían de entre dientes todas las mañanas. Su conciencia giraba sobre un pivote, presentándole, ya el lado blanco, ya el lado negro. A veces esta brusca revuelta dependía de una palabra, de una idea caprichosa que pasaba volando por su espíritu, como pasa un pájaro fugaz por la inmensidad del Cielo. Entre creerse un

monstruo de maldad ó un ser inocente y desgraciado, mediaban á veces el lapso de tiempo más breve ó el accidente más sencillo; que se desprendiese una hoja del tallo ya marchito de una planta cayendo sin ruido sobre la alfombra; que cantase el canario del vecino ó que pasara un coché cualquiera por la calle haciendo mucho ruido.

Estaba muy agradecida al señor de Feijóo, que se portaba con ella como un caballero, y no tenía nada de quisquilloso, ni las impertinencias que suelen gastar los hombres. El primer día le leyó la cartilla, que era muy breve: «Mira, yo te dejo en absoluta libertad. Puedes salir y entrar á la hora que quieras, y hacer lo que te dé tu real gana. No soy partidario del sistema preventivo. Quiero que seas leal conmigo, como yo lo soy contigo. En cuanto te canses, avisas... Aquí no me entres á ningún hombre, porque si algún día descubro gatupeño, me marchó tan calladito y no me vuelves á ver... Lo mismo haré si lo descubro fuera. Si te portas bien, no dejaré de protegerte, ni aún en el caso de que me fuera preciso dejarte.»

Lo que propiamente llamamos amor, la verdad, Fortunata no lo sentía por su amigo; pero si le tenía respeto, y el cariño apacible á que era acreedor por su hidalgo comportamiento. Teníale ella por la persona más decente que había tratado en su vida. ¡Y cuánto sabía! ¡Qué expe-

riencia del mundo la suya, y con qué habilidad se las gobernaba! Para poner en ejecución aquel plan de reserva de que hablara al principio, mandóle tomar un cuartito modesto. No era por economía, pues bien podía él pagar una casa como la que Santa Cruz pagaba; era por recato. Lo de la honradez que ella anhelaba, ignorando el valor exacto de las palabras, no tenía sentido; pero ya que no fuese honrada, al menos pareciérase, y esto iba ganando, que no era floja ganancia. Un cuartito modesto en un barrio apartado, era ya señal de que al menos se evitaba el escándalo. A poco de instalada en su nuevo domicilio, D. Evaristo le compró una buena máquina de Singer, con lo que ella se entretenía mucho. La visita del protector era diaria, pero sin hora fija. Unas veces iba de tarde, otras de noche. Pero siempre se retiraba á su casa á dormir. Convenía que Fortunata tuviese una criada fiel, discreta y de cierta respetabilidad. Feijóo estuvo cosa de un mes buscándola, y al fin pudo encontrarla.

Si Fortunata, empezando por conformarse, acabó por sentirse bien, D. Evaristo estuvo desde luego muy á gusto en aquella vida. «Yo no soy celoso—le decía,—y aunque no pongo mi mano en el fuego por ninguna mujer, creo que no me faltarás, como no se descuelgue otra vez el danzante de marras. A éste sí que le tengo miedo.» Y ella declaraba con su sinceridad de

siempre que, en efecto, le conservaba ley al maldito autor de sus desgracias... No lo podía remediar; pero que si la buscaba otra vez, ya sabría ella resistir y darle con toda la fuerza de su honradez en los hocicos, para que no volviera á ser pillo. Al oír esto, Feijóo se mostraba benévola-mente incrédulo y decía: «Pidámosle á Dios que no te busque, por si acaso; que á Segura llevan preso.»

Vivían retiradamente, y no se presentaban juntos en ninguna parte. La calaverada de Feijóo no fué descubierta por sus amigos más sagaces; Fortunata no daba que hablar á nadie, y la familia de su marido creía que había desaparecido de Madrid. Con este sistema de cautela y recato les iba tan bien, que D. Evaristo no cesaba de congratularse. «¿Ves, chulita, cómo de este modo estamos en el Paraíso? Así se consiguen dos cosas: la tranquilidad dentro, el decoro fuera. ¿Qué necesidad tengo yo de que me llamen *viejo verde*? Y tú, ¿por qué has de andar en lenguas de la gente? Aquí tienes lo que yo te quería enseñar: ser persona práctica. Al mundo hay que tratarlo siempre con muchísimo respeto. Yo bien sé que lo mejor es que uno sea un santo; pero como está es difícilillo, hay que tener formalidad y no dar nunca malos ejemplos. Fíjate bien en esto: la dignidad siempre por delante, compañera.»

Hablando de esto se animaba, llegando has-

ta la elocuencia. «Porque mira tú, chulita, no predico yo la hipocresía. En cierta clase de faltas, la dignidad consiste en no cometerlas. No transijo, pues, con nada que sea apropiarse lo ajeno, ni con mentiras que dañan al honor del prójimo, ni con nada que sea vil y cobarde; tampoco transijo con menospreciar la disciplina militar: en esto soy muy severo; pero en todo aquello que se relaciona con el amor, la dignidad consiste en guardar el decoro... porque no me entra ni me ha entrado nunca en la cabeza que sea pecado, ni delito, ni siquiera falta, ningún hecho derivado del amor verdadero. Por eso no me he querido casar... Claro, es preciso contener algo á la gente y asustar á los viciosos; por eso se hicieron diez mandamientos en vez de ocho, que son los legítimos; los otros dos no me entran á mí. ¡Ah!, chulita, dirás que yo tengo una moral muy rara. La verdad, si me dicen que Fulano hizo un robo, ó que mató ó calumnió ó armó cualquier gatería, me indigno, y si le cogiera, créelo, le ahogaría; pero vienen y me cuentan que tal mujer le faltó á su marido, que tal niña se fugó de la casa paterna con el novio, y me quedo tan fresco. Verdad que por el decoro debido á la sociedad, hago que me espanto, y digo: «¡Qué barbaridad, hombre, qué barbaridad!» Pero en mi interior me río y digo «ande el mundo y crezca la especie, que para eso estamos...»

Todo esto le pareció á Fortunata muy peregrino cuando lo oyó por primera vez; pero á la segunda, encontrólo conforme con algo que ella había pensado. ¿Pero no sería un disparate? Porque era imposible que ella y Feijóo tuviesen razón contra el mundo entero.

—Conque ya sabes—añadió el coronel;—el día en que se te antoje faltarme, me lo dices. Yo no creo en las fidelidades absolutas. Yo soy indulgente, soy hombre, en una palabra, y sé que decir *humanidad* es lo mismo que decir *debilidad*... Pues vienes y me lo cuentas á mí, en mis barbas; nada de tapujos... ¿Crearás que voy á venir con un revólver para pegarte un tiritito y pegarme yo otro?... ¡Valiente asno sería si lo hiciera! No. En nombre de la humanidad y de la especie te miraré con benevolencia... Ciertó que me ha de escocer algo. Pero cogeré mi sombrero y me marcharé de tu casa, sin que eso quiera decir que te abandone, pues lo que haré será jubilarte, señalándote media paga.

—¡Pero qué hombre más raro, y qué manera de querer!—pensaba Fortunata.

IV

Aquel día comieron juntos; expansión que D. Evaristo se permitía algunas veces. Dijo ella que sabía *poner unas judías* estofadas á estilo de taberna, que era lo que había que comer.

Quiso Feijóo probar también aquel plato, porque le gustaban algunas comidas españolas. Fortunata tenía una despensa admirablemente provista, y en ropa y trapos gastaba muy poco. Él era tan listo y tan práctico, que supo sin esfuerzo hacerle disminuir el inútil y ruinoso renglón de las modas. En la cuestión de *bucólica* si que no le ponía tasa, y le recomendaba que trajese siempre lo mejor y más adecuado á cada estación. Pero ella no necesitaba que su señor le hiciera estas advertencias, porque, madrileña neta y de la Cava de San Miguel nada menos, sabía lo que se debe comer en cada época. No era glotona; pero sí inteligente en víveres y en todo lo que concierne á la bien provista plaza de Madrid.

Y la verdad era que con aquella vida tranquila y sosegada, eminentemente práctica, se iba poniendo tan lucida de carnes, tan guapa y hermosa que daba gloria verla. Siempre tuvo la de Rubin buena salud; pero nunca como en aquella temporada vió desarrollarse la existencia material con tanta plenitud y lozanía. Feijóo, al contemplarla, no podía menos de sentirse descorazonado. «Cada día más guapa—pensaba,—y yo cada día más viejo.» Y ella, cuando se miraba al espejo, no se resistía á la admiración de su propia imagen. Algunos días le pasaba por bajo del entrecejo la observación aquella de otros tiempos: «¡Si me viera ahora...!» Pero al punto

trataba de alejar esta ideas, que no le traían más que tristezas y cavilaciones.

Vivía en la calle de Tabernillas (Puerta de Moros), que para los madrileños del centro es *donde Cristo dió las tres voces y no le oyeron*. Es aquel barrio tan apartado, que parece *un pueblo*. Comunicase de una parte con San Andrés, y de otra con el Rosario y la V. O. T. El vecindario es en su mayoría pacífico y modestamente acomodado: asentadores, placeros, trajineros. Empleados no se encuentran allí, por estar aquel caserío lejos de toda oficina. Es el arrabal alegre y bien asoleado, y corriéndose al Portillo de Gilimón, se ve la vega del Manzanares, y la Sierra, San Isidro y la Casa de Campo. Hacia los taludes del Rosario la vecindad no es muy distinguida, ni las vistas muy buenas, por caer contra aquella parte las prisiones militares y encontrarse á cada paso mujeres sueltas y soldados que se quieren soltar. Al fin de la calle del Águila también merece mucho al vecindario, pues en la explanada de Gilimón, inundada de sol á todas las horas del día, suelen verse cuadros dignos del Potro de Córdoba y del Albaicín de Granada. Por la calle de la Solana, donde habita tanta pobretaría, iba Fortunata á misa á la Paloma, y se pasaba de no encontrar nunca en su camino ninguna cara conocida. Ciertamente, cuando un habitante del Centro ó del Norte de la villa visita aquellos barrios, ni las casas ni los rostros le

resultan Madrid. En un mes no pasó Fortunata más acá de Puerta de Moros, y una vez que lo hizo, detúvose en Puerta Cerrada. Al sentir el mugido de la respiración de la capital en sus senos centrales, volviéndose asustada á su pacífica y silenciosa calle de Tabernillas.

Don Evaristo vivía, desde que obtuvo el retiro, en el segundo piso de un caserón aristocrático de la calle de Don Pedro. Era uno de esos palacios grandones y sin arquitectura, contruidos por la nobleza. En el principal había una embajada, y cuando en ella se celebraba sarao, decoraban la escalera con tiestos y le ponían alfombra. Habíase acostumbrado Feijóo á la amplitud desnuda de sus habitaciones, á las grandes vidrieras, á la altura de techos, y no podía vivir en *estas casas de cartón* del Madrid moderno. Su domicilio tenía algo de convento, y su vecino, en el segundo de la izquierda, era un arqueólogo, poseedor de colecciones maravillosas. En toda la casa no se oía ni el ruido de una mosca, pues el ministro plenipotenciario del principal era hombre solo, y fuera de las noches de recepción, que eran muy contadas, creeríase que allí no vivía nadie.

Por la solitaria calle de las Aguas se comunicaba brevemente Feijóo con su ídolo. No me vuelvo atrás de lo que esta expresión indica, pues el buen señor llegó á sentir por su protegida un amor entrañable, no todo compuesto de

fiebre de amante, sino también de un cierto cariño paternal, que cada día se determinaba más. «¡Qué lástima, compañero—pensaba,—que no tengas veinte años menos... De veras que es una lástima. ¡Si á ésta la cojo yo antes...! Así como otros estropearon con sus manos inhábiles esta preciosísima *individua*, yo le hubiera dado una configuración admirable. ¡Qué española es, y qué chocho me estoy volviendo!»

Al mes, ya Feijóo no podía vivir sin aumentar indefinidamente las horas que al lado de ella pasaba. Muchos días comían ó almorzaban juntos, y como ambos amantes habían convenido en enaltecer y restaurar prácticamente la hispana cocina, hacia la *individua* unos guisotes y fritangas, cuyo olor llegaba más allá de San Francisco el Grande. De sobremesa, si no jugaban al tute, el buen señor le contaba á su querida aventuras y pasos estupendos de su dramática vida militar. Había estado en Cuba en tiempo de la expedición de Narciso López, y trabajó mucho en la persecución y captura del famoso insurgente. Fortunata le oía embelesada, puestos los codos sobre la mesa, la cara sostenida en las manos, los ojos clavados en el narrador, quien bajo la influencia de la atención ingenua de su amada, se sentía más elocuente, con la memoria más fresca y las ideas más claras. «Tú no puedes hacerte cargo de aquellas noches de luna en Cuba, de aquella bóveda de

plata resplandeciente, de aquellos manglares que son jardines en medio de los espejos de la mar... Pues aquella noche de que te hablo, estábamos acechando junto á un río, porque sabíamos que por allí habían de pasar los insurgentes. Oímos un chapoteo en el agua; creímos que era un caimán que se escurría entre las cañas bravas. De repente, pim... un tiro. ¡Ellos!... Al instante toda nuestra gente se echa los fusiles á la cara. Ta-ta-ra-trap... Un negrazo salta sobre mí, y zás, le meto el machete por el ombligo y se lo saco por el lomo... No me he visto en otra, hija.»

También había estado en la expedición á Roma el 48. ¡Oh, Roma! Aquello sí que era cosa grande. ¡Qué bonito aquel paso de Pío IX bendiciendo á las tropas! Y la conversación rodaba, sin saber cómo, de la bendición papal á los amoríos del narrador. En esto era la de no acabar, y de la cuenta total salían á siete aventuras por año, con la particularidad de que eran en las cinco partes del mundo, porque Feijóo, que también había estado en Filipinas, tuvo algo que ver con chinas, javanesas y hasta con joloanas. Una salvaje le había trastornado el seso, demostrando que en las islas de la Polinesia se dan casos de coquetería no menos refinada que la de los salones europeos. «¡Ay, qué bueno!—exclamaba Fortunata, riendo con toda su alma, al oír ciertos lances.—¡Si eso parece

de acá...! ¡Pero qué lista...! ¿Has visto? ¡Y luego dicen...!»

De europeas no había que hablar. Contó el ex-coronel aventuras con solteras y casadas, que á su amiga le parecían mentira, y no las habría creído si no las oyera de labios de persona tan verídica y formal. «¿Pero has visto? Si eso se dice, no se cree... Y si lo escriben, pensarán que es fábula mal inventada. ¡Qué cosas hacen las mujeres! Bien dicen que somos el Demonio.»

Debo advertir que nada refería Feijóo que no fuese verdad, porque ni siquiera recargaba sus cuadros y retratos del natural. Lo mismo hacía Fortunata cuando le tocaba á ella ser narradora, incitada por su protector á mostrar algún capítulo de la historia de su vida, que en corto tiempo ofrecía lances dignos de ser contados y aun escritos. No se hacía ella de rogar, y como tenía la virtud de la franqueza, y no apreciaba bien, por rudeza de paladar moral, la significación buena ó mala de ciertos hechos, todo lo desembuchaba. A veces sentía D. Evaristo gran regocijo oyéndola, á veces verdadero terror; pero de todas estas sesiones salía al fin con impresiones de tristeza, y pensaba así: «Si hubiera caído antes en mis manos, si yo la hubiera cogido antes, todas esas ignominias se habrían evitado... ¡Qué lástima, compañero, qué lástima!... Y lo más raro es que después de tan-